

—A mí no me vengas con palabras altruístas, porque yo también sé chillar. El efecto fué fulminante. Arturo tuvo que abandonar el campo.

* * *

Pero sigamos nuestro relato del Cristo, del Paseo y sus mescolanzas.

Otro aspecto negativo de los ya más perdidos era la bravura, factor falso en casi todos que solo lucía ante la prudencia de los demás. Tuve ocasión de comprobar que los hombres más temidos y con fama de valientes, sufrían desmayos o desvanecimientos completos por motivos tan insignificantes como ver un niño escalabrado o que el maestro barbero les arañara la cara con la navaja o simplemente les diera jabón. Y ésto, véase qué contrasentido, se interpretaba por ellos mismos como prueba de tener la sangre tan encendida que con cualquier cosa se les subía y les ahogaba al no poder desahogar. Hablando de ello y de lo que sentían, hacían como que se echaban adelante para acometer irremisiblemente, como si experimentaran un impulso misterioso, pero los hechos demostraban que solo con tener delante un hombre tranquilo dispuesto a no moverse, los perros le cogían vuelta y se iban refunfuñando. Estos son algunos de los matices recientes de la vida histórica alcazarena, profundamente adulterada por la golferancia de gato pardo indiferenciado en las oscuridades de la noche.

Los del juego, los que andaban en el juego, constituyeron un grupo, huídos del trabajo, engraidos en su fuero interno y elevados en la consideración de los casinistas a un nivel inmerecido con el nombre de croupieres. Estos hombres, unos hijos y otros padres de familia, aunque no abandonaran sus casas, que sí las abandonaban a veces, echaban rancho aparte dentro de ellas, humillando y desmoralizando a los propios y a los extraños con su inmerecida grandeza. Vestían por su cuenta y a todo lujo chulesco, se costeaban comida especial que realizaban a diferentes horas que la familia y dormían a placer mientras los demás trabajaban, mirando con altivez a cuantos les rodeaban. Para que se sostuviera la familia daban una cantidad como si vivieran a jornal.

Muchos de ellos no habían ido ni a Quero y sus ideas referentes a la vida nacional, de Madrid sobre todo, las tenían por las camareras y los actuantes de los tablados, pues leían a tropezones, los que no les estorbaba lo negro y sus manos, finas y cuidadas como de dama sibilina para mantenerlas sobre el tapete verde, no hacían una letra jamás y solo se ejercitaban en los recursos de la astucia manejando las cartas y las fichas de colores con la destreza de auténtica prestidigitación. En los días de aglomeraciones, como los de feria y Pascua, lucían su habilidad y se hablaba de ellos como de magos orientales. ¡Qué bien se les daba!, decía la gente. ¡Anda con Dios!

Para descrédito de ella, en muchas ciudades, los círculos políticos establecieron el juego en sus dependencias para que se costeara con tan funesto vicio lo que los socios no eran capaces de sostener. En Alcázar, donde la política se vió siempre con tanta frialdad que pudo ser tomada con indiferencia, no pasó eso casi nunca, dicho sea en honor de la sensatez de la villa y tanto el monte como la ruleta funcionaron en los casinos neutrales o en las covachuelas del café de la Paja, del de Telforo o del de Emilio, por no hablar más que de los del Paseo, que eran los principales.